



López Rueda, José, *González de Salas, humanista y editor de Quevedo*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2003, 249 pp.

El libro de López Rueda se inicia con un capítulo dedicado a la estirpe y biografía de González de Salas, a quien considera «uno de los mejores humanistas españoles del siglo XVII» (p. 21). Aporta nuevos documentos como la prueba para ingresar en la orden de Calatrava, lo que permite precisar su árbol genealógico y establecer fechas ciertas como la de su bautizo el 12 de enero de 1592 en la parroquia de San Martín de Madrid. Se comentan datos familiares y la condición de familia hidalga a la que pertenece el erudito, de buen pasar y bastante hacienda.

Repasa López Rueda la estancia de González de Salas en la corte, y señala algunos datos sobre su amistad con Quevedo; algunos elogios mutuos que se mencionan, sin embargo, no justifican del todo la algo ingenua suposición de que ambos escritores «se debieron de correr sus buenas juergas» (p. 28) a las que los haría proclives su talante satírico.

El capítulo II se dedica a estudiar los comentarios de González de Salas al *Satiricón* (que edita en Francfort en 1629). Es interesante señalar que González de Salas considera a Petronio estoico y no epicúreo. A propósito del *Satiricón* diserta Salas sobre la sátira latina aportando diversas definiciones (ver p. 49) que podrían ser útiles para el posterior acercamiento a la obra de Quevedo. También podría interesar a la obra quevediana algún comentario de Salas sobre el léxico erótico y los juegos con dobles sentidos.

El capítulo III se centra en la *Nueva idea de la tragedia antigua*, estudio de la *Poética* de Aristóteles. González de Salas muestra un criterio antidogmático (usual en los preceptistas españoles) que defiende las prerrogativas de la experiencia y la naturaleza. Es un capítulo interesante para el teatro y que tiene poca relación con Quevedo. Podría apuntarse para complementar los datos de López Rueda que se ha publicado recientemente la edición crítica de esta obra por Luis Sánchez Laílla en Edition Reichenberger, Kassel, 2003, 2 vols.

En el siguiente capítulo IV se aborda otra obra erudita de Salas: el *Compendio geográfico y histórico*, glosa esta vez de *De situ orbis* de Pomponio Mela, con censura del propio Quevedo, en la que pondera los valores de la obra de Salas, y la «reverencia católica de sus discursos».

El V capítulo corresponde ya al examen de «La primera edición de las poesías de Quevedo». Para López Rueda «el mejor servicio que prestó González de Salas a la cultura española y universal fue su edición de las



poesías de Quevedo» (p. 185), afirmación con la que bien podemos estar de acuerdo. Sea cual fuere el juicio que merezca la tarea editora de González de Salas es obvio que sin su trabajo probablemente se hubieran perdido muchos materiales. Una recopilación de juicios sobre la edición del *Parnaso español* se puede ver en las páginas 190 y siguientes. Especialmente inútiles y faltas de una justicia y agradecimiento elementales son las afirmaciones de Astrana Marín sobre la «incalicable labor profanadora de González de Salas» o las de Luis Rosales cuando pontifica (en «Un pecado mortal de nuestras letras») que Salas «no entendió de la misa la media. No entendió literalmente nada, pero modificó con zafiedad su poesía [...] Lo editó, desde luego; y al corregirlo, lo enterró. Para siempre jamás» (ver pp. 190-91). Aunque toda afirmación tiene su contexto y su circunstancia no estaría de más que los pretendidos intelectuales pensarán un poco antes de soltar las frases que se les vienen a la cabeza o a los puntos de la pluma: ni Rosales tiene mucha idea de hasta dónde modificó González de Salas (y si lo hizo con zafiedad o no) la poesía de Quevedo, ni se puede decir que el erudito Salas (ciertamente plúmbeo en sus erudiciones) enterrara para siempre jamás al poeta Quevedo. Lo que habría que hacer es estudiar hasta donde fuera posible las modificaciones que Salas hizo (él mismo las confiesa a menudo), limpiándolas si se pudiera o al menos señalándolas, para lograr restituir el texto más puro de Quevedo, pero sin desvariar. Resulta curioso que Astrana Marín, que tan mal habla de la labor de Salas, modificara en su edición sin empacho (y sin advertirlo, no como Salas, que al menos lo advierte) cuanto le plugo. Por lo demás el juicio de Rosales se basa en su comentario del soneto «Miré los muros de la patria mía», que considera destrozado por González de Salas. López Rueda, impresionado por lo tajante de la condena de Rosales, consiente en que «la versión autógrafa de Quevedo es mucho mejor que el texto del soneto publicado por Salas», pero sobre esto mucho habría que decir y no es una reseña el lugar más indicado. Baste apuntar que en la versión del *Parnaso* la contraposición (visual y simbólica) del báculo y la espada (y su identificación como expresión de autoridad y poder), y algunos pulimentos de expresiones redundantes que están más acusadas en el autógrafo hace harto aventurados juicios como los impresionistas de Rosales. Habría que saber si Quevedo no retocó él mismo el poema, y en cualquier caso a mí me parece mejor la versión impresa por Salas (¿y qué si me lo parece?, dirá el discreto lector; pues eso mismo se puede decir a Rosales).

En esta parte el libro hubiera ganado con el manejo de la bibliografía más reciente sobre la problemática de la ordenación del *Parnaso* (estudios de Gareth Walters, Fernández Mosquera y otros), pues situar en los «últimos años» (p. 195) el libro de Crosby *En torno a la poesía de Quevedo*, que es de 1967, parece algo impreciso. En conclusión López Rueda cree la edición de Salas mucho más cuidadosa de lo que han pensado sus detractores y se apoya en la valoración positiva de Blecua.



Parte de este capítulo se ocupa de las disertaciones que Salas puso en cada Musa (el estudio de la canción pindárica de Clío a propósito del poema de elogio al Duque de Lerma; etc.).

En general este libro es más útil para González de Salas que para Quevedo. No hay nada que objetar, pues de eso se trataba. La precisión del título hubiera requerido seguramente un cuidado más específico y especializado a la hora de analizar la labor editora de Salas, una revisión más detenida de su aparato de notas, una discusión más profunda de la ordenación y un análisis más detallado de las modificaciones que pudo hacer el editor a partir de los textos originales. La bibliografía quevedista está poco actualizada.

El libro es una introducción al personaje y su obra, útil para los estudiosos no especializados en Quevedo; constituye una especie de mirada general de valor introductorio a una serie de cuestiones y detalles, pero no es (no lo pretendía el autor) una guía técnica de los problemas textuales que plantea la edición de González de Salas en su *Parnaso español*.

Ignacio ARELLANO

La obra poética de Lope de Vega como el canon de la poesía áurea: Felipe B. Pedraza Jiménez, *El universo poético de Lope de Vega*, Madrid, Ediciones Laberinto, 2003, 302 pp.¹

No resulta fácil ofrecer una visión panorámica de la obra de un poeta, y más difícil aún se me antoja cuando la producción poética de un autor, como en el caso de Lope de Vega, es casi infinita. Cómo hacer para tratar todos los poemas que aparecen prácticamente en todos los libros de Lope, cuando estos se acumulan en numerosísimos volúmenes. Parece no quedar otra opción que la de ofrecer una perspectiva muy general, de manera que a vuelapluma se pueda aludir (ya que no analizar) a toda la creación poética de Lope. De esta forma, la impresión final sería la de que se ha abarcado el conjunto de la poesía del Fénix, pero a costa de habernos perdido en generalizaciones, simplicidades y vaguedades que nos han terminado por mostrar más que un estudio una caricatura del poeta.

Pues bien, no es esta la palinodia que podemos entonar a propósito de la monografía del profesor Felipe Pedraza, sino que, muy al contrario, debemos alegrarnos —y, de paso, felicitar al autor— por las no pocas excelencias que nos ofrece, y que, en justicia, y a pesar de las limitaciones que este tipo de trabajos contempla, intentaré señalar a continuación.

¹ Aunque esta reseña no se refiere específicamente a la obra de Quevedo, nos ha parecido interesante introducirla por tratar de uno de los universos poéticos más importantes del Siglo de Oro que se pueden confrontar con el de Quevedo.